

Emilio.

No recuerdo bien cuándo fue, pero creo que conocí a Emilio Bugallo a través de Teresa Valentín. En los primeros años de la Escuela de Tecnología del Espectáculo, diseñada y dirigida por Teresa para el Ministerio de Cultura, colaboré con algunos talleres y encuentros con alumnos y profesores. Incluso varios profesores de la Escuela de Tecnología participaron en la realización de la escenografía del espectáculo “La Mujer de la Arena”. La iluminación corría a cargo de Emilio Bugallo. Era nuestra primera colaboración teatral juntos. La colaboración pronto se convirtió en una amistad. Emilio, recién llegado de Estados Unidos, deseaba trabajar y aportar sus conocimientos aprendidos en USA. Nos entendimos rápido, pasando días y horas hablando sobre teatro.

Él, medio alemán, y yo, polaco, pronto encontramos puntos en común. Recuerdo que, por entonces, yo acababa de estrenar el “Cuarteto para cuatro actores”, en el CDN, en colaboración con el “Centro para la difusión de la música contemporánea”. Gran parte de la profesión se estaba preparando para irse a Sevilla, a trabajar en la famosa Expo y los acontecimientos relacionados con el quinto centenario del descubrimiento de América. Me acuerdo de algunas reuniones, en casa de Emilio, hablando de las posibilidades que se abrían en Sevilla, para crear y, también, ganar dinero. Él no tenía en mente ir a Sevilla, aunque le tentaban. Fue entonces cuando decidimos trabajar juntos para el proyecto que estábamos preparando Socorro y yo, sobre la adaptación de la novela de Kobo Abe, “La mujer de la arena”. Emilio se implicó desde el principio. Quería saber todo sobre el espacio, la simbología de la obra, mi adaptación, las diferencias con la película. Venía a los ensayos y participaba en el proceso de creación del espacio escénico. Estaba convencido de que la iluminación debía ser como otro texto para el espectador. Un texto visual y coherente con la acción de la escena. Estaba totalmente de acuerdo con él. Nunca nadie me había hablado así del uso de la iluminación. Decidí aprovechar su presencia y aprender de él. Y reconozco que en nuestros encuentros siempre encontrábamos algo nuevo para mejorar y aportar novedades al espectáculo. Emilio anotaba todo minuciosamente. Fue entonces cuando me dijo que estaba escribiendo un libro sobre la iluminación. Quería transmitir todo lo que aprendió en los Estados Unidos y que, por entonces, se desconocía en España. Estrenamos “La mujer de la arena” en mayo de 1992, en el Centro Cultural Galileo. Luego fuimos al Festival Internacional de Almada y después al Festival Teatral en Estambul. Los viajes al extranjero permiten conocerse mejor. Tienes tiempo para hablar, para estar juntos de otra manera. Ya en Estambul percibí que Emilio, de vez en cuando, desaparecía, no quería salir del hotel. Estaba más débil, nervioso. Pero no nos imaginábamos que era a consecuencia de su

enfermedad. Nunca hablaba de eso. Y yo, por respeto, tampoco le preguntaba.

El viaje a Estambul nos unió más. Decidimos realizar juntos otro proyecto para el Festival de Otoño y en colaboración con el Festival Internacional de Almada. Eran los “Ensayos para siete”, de Boguslaw Schaeffer. Emilio estuvo con nosotros en todo el proceso de ensayos, las dos últimas semanas en Portugal, ya que estrenábamos en Almada en julio de 1993 y, luego, en España, en la Sala Pradillo, en el marco del Festival de Otoño. El espacio del espectáculo era un espacio vacío, con una mesa y tres sillas. Pero la iluminación de Emilio lo llenó de grandes contrastes y permitió un mayor juego narrativo de la obra. Recuerdo, sobre todo, el gran dispositivo de luces cenitales. El escenario a veces volaba, con los rebotes del suelo blanco, y, otras veces, era tenue y misterioso. Emilio consiguió, con sus medios, convertir nuestro espacio vacío en un espacio vivo y lleno de simbología. Después del estreno decidió no seguir con nosotros en el siguiente proyecto. No entendía entonces por qué.

Su muerte nos sorprendió a todos. Recuerdo nuestro último encuentro en su apartamento, en la calle Domenico Scarlatti, donde antes pasábamos horas y horas hablando de teatro. A veces bajábamos a la piscina para relajarnos. Luego a seguir hablando de teatro, del Arte y de muchas más cosas. Ahora estaba postrado en la cama, débil y muy delgado. Irreconocible. Su madre nos contó que contrajo el Sida en Nueva York y que ya no se podía hacer nada. Entendí entonces sus cambios de humor y las grandes exigencias que se imponía a sí mismo y a todos nosotros, para poder hacer su trabajo a la perfección. Siempre muy educado, culto, bien preparado, disciplinado y muy creativo. Y, sobre todo, una gran persona, un verdadero Amigo. Recuerdo el último abrazo y su mirada de despedida. Me pidió que me quedara con sus apuntes para el libro sobre la iluminación. No le dio tiempo a terminarlo.

Jaroslav Bielski

**Temporada: 1992**

**Autoría:** Kobo Abe

**Producción:** Compañía de Teatro Nuevo

**Ficha artística:** Autoría: Kobo Abe. Versión teatral: Jaroslaw Bielski.

Dirección: Jaroslaw Bielski. Escenografía y vestuario: Malgorzata Zak.

Música: Michael J. Cohen. Iluminación: Emilio Bugallo. Intérpretes:

Socorro Anadón, Chema de Miguel, Adriano Prieto y Carlos Martínez.

Estreno: 22 de mayo de 1992 en el Centro Cultural Galileo de Madrid.

En julio de 1993 presentan, dentro del Festival Internacional de Almada, el espectáculo "Ensayos para siete actores" de Boguslaw Schaeffer, con dirección de Jaroslaw Bielski e iluminación de Emilio Bugallo. Espectáculo coproducido por dicho Festival y el Centro de Nuevas Tendencias Escénicas, en colaboración con C.D.N., el INAEM, y la Comunidad de Madrid. Se estrena en Madrid dentro del Festival de Otoño de 1993 en el Teatro Pradillo.